

---

# UNA MODERNIZACIÓN QUE ATRASA

## La cultura bajo la regresión neoconservadora

Néstor García Canclini

---

*Para Sandra*

**Y**a no puede decirse que América Latina sea un continente joven. Las celebraciones del quinto centenario recordaron una trayectoria larga y cansada de asociaciones con la modernidad occidental. A diferencia de Estados Unidos, nunca pudimos salir de socios menores, ni en la subordinación colonial, ni en el último siglo y medio de limitado desarrollo independiente. El proyecto póstumo de imaginarnos como nuevo mundo en busca de la prosperidad fue el desarrollismo. Los núcleos conceptuales de ese movimiento (industrialización, sustitución de importaciones, formación de Estados-nación fuertes) son vistos hoy después de su fracaso práctico y de las críticas neoliberales como ideologemas anacrónicos, utopías inconsistentes.

América Latina parece un continente en decadencia. Hasta los países más dinámicos de otro tiempo —Argentina, Brasil y México— mostraron en los años ochenta índices negativos de crecimiento.<sup>1</sup> En Perú, donde la producción real cayó el 10% en la década pasada, el desmoronamiento económico y social se resume en el retorno del cólera, una peste que creíamos del siglo XIX. También la sufren Bolivia, Argentina, Ecuador y otros países, pero los gobernantes argentinos, por ejemplo, prefieren acusar a los migrantes bolivianos o peruanos en vez de admitir que el cólera, la reaparición de otras enfermedades “premodernas” como la tuberculosis y el sarampión o el agravamiento de la deserción escolar y la violencia urbana, tienen más que ver con la corrupción y las vacunas vencidas, con la pérdida del 40% del poder adquisitivo de los

---

salarios en la última década y con la miseria que agobia hoy al 44% de la población latinoamericana.<sup>2</sup>

Es innegable que nuestro continente se modernizó, sobre todo en el siglo XIX y la primera mitad del XX. Pero muchos avances económicos, políticos, educativos y de salud que considerábamos evidencias de la modernidad, están derrumbándose. Algunos autores hablan de una decadencia latinoamericana.<sup>3</sup> Otros prefieren pensar que debemos rediscutir la noción de modernidad con relación a las nuevas condiciones del desarrollo global.<sup>4</sup>

Quiero someter a esta doble posibilidad el modelo de análisis sobre la modernidad que elaboré en el libro *Culturas híbridas*.<sup>5</sup> Si partimos de lo que podríamos llamar las teorías de la modernidad ilustrada, tal como fueron concebidas por Jürgen Habermas y Marshall Berman, o de las definiciones sobre el arte y la literatura modernos de Pierre Bourdieu, Howard S. Becker y Frederic Jameson, creo factible, pese a las diferencias entre esos autores, comprender a la modernidad en torno a cuatro procesos: emancipación, renovación, democratización y expansión.

## Modernidad vs decadencia

1.1. *Emancipación*. Las sociedades latinoamericanas vivieron este proceso a medida que secularizaron los campos culturales. La ciencia, el arte y la literatura alcanzaron una autonomía menos extendida e integrada que en las metrópolis, pero notablemente mayor que en Asia y África. Desde el siglo XIX las estructuras políticas se liberaron y se racionalizó la vida social. La difusión del positivismo en algunos países tan vasta como en Europa, promovió las humanidades y las ciencias y una reforma universitaria iniciada en Argentina, que logró universidades laicas, organizadas con la participación democrática de los estudiantes, cincuenta años antes que los movimientos de 1968 lo consiguieran en Francia, Alemania e Italia.

1.2. Sin embargo, en la última década las inversiones estatales en educación pública cayeron a la mitad por la misma política de ajuste que llevó a más del 50% a la deserción en las escuelas primarias. En cambio se expanden los fundamentalismos religiosos, étnicos y políticos, como si amplios sectores de nuestras sociedades prefirieran desandar el laicismo de la modernidad y reencontrar doctrinas sagradas y autoridades carismáticas "indudables" a las cuales confiar, más que su vida, su destino.

2.1. *Renovación*. Esa secularización de las creencias y las costumbres hizo imposible la innovación cultural y social: se comprueba en el crecimiento acelerado de la educación media y superior, en la experimenta-

ción artística y literaria a lo largo del siglo XX, en el dinamismo con que los campos culturales se adaptan a las innovaciones tecnológicas y sociales. Eric J. Hobsbawm hacía notar hace poco que “tres de los países más desarrollados y educados —Alemania, Francia y Gran Bretaña— con una población total de 150 millones, no contaban antes de la segunda guerra mundial con más de 150 000 estudiantes universitarios. En los años ochenta, el pequeño Ecuador tenía más del doble”.<sup>6</sup>

2.2. Pero en la última década, además de achicarse el presupuesto educativo, por primera vez baja la matrícula en muchas universidades: algunos sectores medios y populares están descartando a la educación superior como vía de ascenso social. Cierran masivamente las librerías y los cines, dos áreas claves de la modernización cultural, que en la Argentina y México contaron entre los años cuarenta y sesenta con industrias vigorosas. Varias editoriales sobrevivientes son compradas por empresas españolas, italianas o estadounidenses. Los gobiernos se retiran del financiamiento a la cultura, cierran organismos que promovían la creatividad y difusión de las artes cultas y populares. Las empresas privadas, a las que según la doctrina a debiera cederse la iniciativa económica, no tienen en América Latina hábitos de patronazgo cultural. Pero además la recesión general y las dificultades de la competencia internacional los desalientan para estrenarse como mecenas. Sólo las transnacionales de la comunicación, como *Televisa* y *Rede Globo*, aumentan sus inversiones, únicamente en las áreas de recuperación más segura (televisión, video y revistas masivas), con una estética mercantil, sin riesgos, descafeinada. Para esas empresas la innovación cultural, la experimentación artística y la función crítica son antagónicas con el rédito comercial.

3.1 *Democratización*. Las estructuras políticas fueron admitiendo mayor participación ciudadana, con sobresaltos, con demasiadas interrupciones y con procedimientos distintos de los imaginados por el liberalismo clásico. La democratización se produjo al principio como lo previó la revolución francesa: por la expansión educativa, la difusión del arte y la ciencia, la participación en partidos políticos y sindicatos. Pero en la segunda mitad del siglo XX la democratización y modernización de la cultura política fueron impulsadas, sobre todo, por los medios electrónicos de comunicación. Más que los partidos, son dispersas organizaciones juveniles, urbanas, feministas, de derechos humanos y algunas muy críticas de la modernización, como los indígenas y los ecologistas, las que organizan la participación ciudadana.

4.1. *Expansión*. Este es el rasgo menos logrado de nuestra modernidad. Si lo entendemos como la extensión del conocimiento y la apropiación de la naturaleza, de la producción y el consumo de bienes, su

fuerza se extenuó con la urbanización, la industrialización y la euforia desarrollista de los años cincuenta y sesenta. Desde entonces se contrajo la participación latinoamericana en el comercio mundial y en la innovación tecnológica, bajaron los salarios y el consumo interno de todos los países. Lo único que aumenta es la especulación financiera y la corrupción, la deserción escolar y la inseguridad urbana.

4.2. A esta fragmentación social y a la mediatización electrónica se debe, en parte, que la democratización posterior a las dictaduras de los setenta y ochenta exhiba un paisaje poco alentador. No pasamos del autoritarismo militar y de los regímenes monopartidistas (tipo México) a sistemas de representación plural que hagan posible ampliar la participación y enfrentar en forma eficaz los dramas crónicos de nuestras sociedades. En los países donde el voto es voluntario más de la mitad se abstiene; donde es obligatorio, un 30 o 40% del electorado no sabe por quién votar una semana antes de los comicios. La esfera pública es un escenario de descreimiento: se organiza cada vez menos a través de la participación popular. La negociación de la deuda y los ajustes económicos, los acuerdos de libre comercio y las privatizaciones son decididos por negociaciones entre tecnoburócratas y empresarios. Los sindicatos y los movimientos sociales se enteran por los diarios y la televisión. (El plebiscito uruguayo, en el que la mayoría rechazó las privatizaciones, queda como una excepción.)

La videopolítica convierte los intercambios de información y las polémicas, que eran los núcleos de la esfera pública moderna, en espectáculos donde las acciones son reemplazadas por actuaciones y simulacros. La confrontación de argumentos o la negociación razonada ceden lugar a anécdotas farandulescas de los políticos y a la repentina conversión de actores y vedetes en gobernantes.<sup>7</sup> “Lo que no pasa por los medios no pasa por la política”, dicen en muchos países. Algunos sociólogos ven estos cambios como una reorganización postmoderna de lo público. La democratización promovida por los movimientos sociales que emergen fuera de los partidos sería “como una reivindicación de la integración social” o del “deseo de comunidad” que compensaría la desintegración producida por los procesos económicos y massmediáticos.<sup>8</sup>

En cambio, quienes sostienen la tesis de la decadencia encuentran que el descreimiento hacia los partidos y sindicatos, junto al debilitamiento de movimientos sociales alternativos, la corrupción y burocratización de los líderes intermedios y la videopolítica vaciaron la esfera pública. La democratización electoral y el mayor reconocimiento de los derechos individuales son asfixiados por el agravamiento de la desigualdad y la “precarización” de la mayoría. Los resultados son el “despedazamiento” del tejido social, la destrucción de las identidades colectivas

y “la apatía de enormes agregados sociales especialmente del medio popular”. Más que un deseo de integración o comunidad, ellos ven una “erosión de las identidades intermedias” que debieran actuar “entre lo social disperso y el Estado” a. Las clases medias y altas se integran a la nueva política económica mediante “un individualismo posesivo centrado en el consumo personalizado”; los sectores populares, excluidos o amenazados de exclusión se repliegan en la familia y la banda juvenil, en el “utilitarismo salvaje” y la anomia.<sup>9</sup>

4.3. La regresión de la última década no es generalizada. En los años ochenta el 5% de la población más rica mantuvo o aumentó sus ingresos, mientras el 75% sintió que los suyos se reducían. Algunos de los que dejan de producir generando desempleo y contracción del nivel de vida de la mayoría se dedican a importar y especular, con lo cual ganan más que si contribuyeran a expandir el producto nacional. La reactivación del producto interno bruto registrada en 1991 (3.5%), que parecía superar la depresión de los ochenta, muestra su fragilidad al descender nuevamente en 1992 (2.4%) y sufrir caídas verticales en países importantes como Brasil.<sup>10</sup> Pero además esta leve reactivación no se usa para el gasto social ni cultural, de manera que no corrige los rezagos acumulados en décadas pasadas.

### De la modernización “excesiva” a la modernización selectiva

Quiero proponer la hipótesis de que el actual carácter regresivo de nuestra modernización se debe a tres procesos: a) la manera contradictoria o híbrida en que se produjo, b) su expansión limitada, y c) la agudización de las desigualdades internas y con el exterior desde que se substituyó el proyecto de modernidad ilustrada por el de modernización a.

1. Para desarrollar esta explicación es necesario elaborar una teoría de las contradicciones e hibridaciones de la modernidad latinoamericana. Con el fin de entender la manera peculiar en que se desarrollaron la emancipación, la democratización, las innovaciones y también el estancamiento, algunos exploramos cómo las élites y las masas se han venido haciendo cargo de las múltiples temporalidades, del entrecruzamiento de tradiciones y proyectos de modernización.<sup>11</sup> Al querer explicar esta hibridez como resultado de la heterogeneidad multitemporal con que se construye nuestro continente, nos situamos en medio del debate sobre la posmodernidad. Por un lado, la crítica postmoderna al evolucionismo de la modernidad ilustrada facilita que reivindicemos la coexistencia de diversas épocas, la mezcla de colecciones cultas y populares propiciada por la industrialización y la circulación masiva de las culturas latinoamericanas. Estoy hablando de cómo el cine en los cuarenta y la televi-

sión desde los cincuenta revolviéron lo popular con fragmentos de lo culto y fueron subordinando a ambos a la gramática de producción y a la lógica de circulación de las industrias culturales. A partir de los sesenta, la música, la literatura y la plástica también se vuelven espacios de cruces constantes. Pienso en la *bossa nova*, que entremezcla las vanguardias posweberianas y el *jazz* con tradiciones melódicas afrobrasileñas; en los rockeros que combinan el *jazz* con las melodías étnicas, con el tango y los boleros; en escritores como Manuel Puig, Carlos Monsiváis y tantos otros, que practican una intertextualidad transclasista; en los plásticos y artesanos que fusionan lo precolombino, colonial y moderno quebrando los tabiques que separaban la historia del arte y la del folklore.

Pero cabe apuntar una pregunta incómoda: ¿esta hibridación tan fecunda en la cultura es igualmente elogiable en la política y la economía? ¿No ha sido también la base simbólica de nuestros perversos populismos y de nuestras pseudo integraciones al mercado mundial? En unos pocos casos, como el primer gobierno peronista en Argentina y el régimen priísta en México, esa combinación de instituciones democráticas con hábitos autoritarios, de beneficios sociales con paternalismos, hizo posible cierto desarrollo moderno y cierta estabilidad. Pero hace tiempo que en esos países tales combinaciones desintegran la sociedad en vez de resolver sus conflictos, y en muchos otros lo tradicional y lo moderno parecen desconocerse al punto de engendrar, cada uno por su lado, efectos contrarios a sus promesas. En vez de asumir nuestro espesor histórico, los programas de modernización de nuestros políticos y empresarios parecen hechos por "turistas a corto plazo", escribe Alfredo Bryce Echenique, y eso hace que el Perú puede llegar a ser ese lugar de la tierra en que la democracia sólo signifique hambre, miseria, eterna explotación, sádico racismo, donde "los códigos y constituciones francesas, sistemas parlamentarios británicos y sistemas presidenciales a la norteamericana" llevaron a la muerte a millones de hombres y mujeres sin que "ni siquiera se supiese en qué consistían los derechos humanos."<sup>12</sup>

2. ¿Por qué atrasa nuestra modernización? En parte puede ser porque al ser contradicha por las creencias y las prácticas tradicionales, la modernización queda siempre en déficit. Pero el malestar presente parece deberse, también, aunque suene paradójico, a que en algunos aspectos nos modernizamos demasiado. Las ciudades, por ejemplo. En las teorías de la modernidad se sostiene que la urbanización genera progreso, da servicios más avanzados, permite transitar de las agobiantes relaciones prescriptivas del mundo rural a los vínculos electivos y abiertos de la ciudad. Sin embargo, en América Latina, las altas tasas de crecimiento demográfico no se acompañan con un avance económico proporcional.

El proceso de urbanización es consecuencia más de la agudización de conflictos sociales que de una industrialización consistente. La industrialización sustitutiva o dependiente ha significado pocas veces un crecimiento real del empleo industrial; contribuye, sobre todo, a abultar a los sectores terciario e informal. En los diez últimos años, en las áreas urbanas de México, por ejemplo, el sector "informal" pasó del 13% al 22%, y en Brasil del 11% al 17%. En Lima, cifras de 1989 dicen que el 42% de la población activa pertenecía al sector informal, mientras los obreros sólo llegaban al 19%.<sup>13</sup>

Los cinco millones de personas que cada año emigran en América Latina huyen de la pobreza campesina, la violencia política y los desastres naturales. Pero la expansión caótica de las ciudades provoca también en ellas constantes catástrofes. Cuando vemos que los migrantes se reubican en medio de la contaminación incesante, las inundaciones, los derrumbes, la miseria extrema, la violencia sistemática de las grandes urbes, nos preguntamos qué modernidad están persiguiendo. La modernización industrial y urbana pareciera indisociable del uso depredador del suelo, el agua y el aire. En rigor, la especulación inmobiliaria y las invasiones populares que agigantan irresponsablemente las ciudades expresan, más que un exceso de modernidad, un modo descontrolado de buscarla, de venderla, de construirla.

Esta modernización urbana que acaba desurbanizando incita a preguntarse por otras formas de expansión caótica, que también en el pasado cercano —y aun hoy— algunos elogian. Por ejemplo, que Ecuador tenga ahora más universitarios que Alemania, Gran Bretaña y Francia juntas hace cincuenta años, o que las universidades de México y Buenos Aires superen cada una los 300 000 estudiantes. Repensar el proyecto de la modernidad requiere preguntar de nuevo ¿qué significa expandirse?, ¿para qué?, ¿qué haremos con todo lo que, pese a la crisis, sigue creciendo en nuestras universidades, en el consumo suntuario, en las transnacionales y las maquiladoras que insisten en instalarse en estas tierras tan poco promisorias?

Uno de los procesos de crecimiento y expansión que generó el mito del nuevo mundo, y que contribuyó a reforzarlo, fue el de los millones de migrantes que llegaron de Europa y de Asia a América. Por eso, es un signo dramático de nuestra decadencia que América Latina en conjunto se haya convertido en esta segunda mitad del siglo en una región expulsora de migrantes, principalmente hacia Estados Unidos. Sólo Venezuela, Costa Rica (en 1975-1980) y Argentina, en la década de los setenta, fueron receptores de migrantes.<sup>14</sup> Aunque Argentina, como otros países que sufrieron dictaduras militares (Brasil, Chile, Guatemala y Uruguay), han generado también exilios masivos. La relectura que de-

bemos hacer de nuestros proyectos modernizadores quedaría incompleta si no incluyera estos costos sociales de la modernización: los exilios y las migraciones económicas y profesionales.

3. La noción de modernidad está alterándose tanto en los migrantes como en las élites gubernamentales y empresariales. Las cifras de estancamiento macroeconómico, regresión de los salarios, de la educación y la salud, podrían desprestigiar las políticas neoliberales. Sin embargo, sus defensores argumentan que esos retrocesos son necesarios para modernizar las economías.

Es evidente que la modernización de la que hablan no es la que desde la ilustración a la UNESCO impulsó la emancipación racional de las potencialidades humanas, la expansión del conocimiento y la posesión de la naturaleza, subordinándola a proyectos autónomos y de democratización social.

Frente a esa noción "positiva", en los últimos años irrumpió una redefinición a de la modernidad, asociada a fórmulas negativas: ajuste, desregulación, desincorporación, descapitalización, subconsumo. Todo esto implica una subordinación radical del estilo de desarrollo y la cultura nacionales a la transnacionalización privada. Mientras el primer proyecto confiaba modernizar a los países latinoamericanos mediante la industrialización, la sustitución de importaciones, la difusión de la educación, la cultura, los beneficios sociales y el fortalecimiento de estados nacionales autónomos, el discurso acusa a estas políticas de haber retardado nuestro acceso a la modernidad. Si queremos ser internacionalmente competitivos, el Estado debe suspender toda protección a los productos del propio país.

Pero ¿acaso ha mejorado la competitividad latinoamericana últimamente? Las inversiones internas y externas en la región se desplomaron tanto en la economía como en la cultura. Nuestros ministros viajan a Washington, Bonn, Madrid y Tokio a mendigar refinanciamientos de la deuda que sólo la multiplican. Nuestros diplomáticos culturales lograron con motivo del V Centenario unas pocas exposiciones de artes plásticas en museos prestigiosos y se vendieron algunas películas a la televisión europea. Pero encontramos cada vez más puertas cerradas cuando tratamos de obtener inversiones para desarrollar la ciencia y la tecnología en nuestros países, mejorar la educación o simplemente renovar los subsidios con que un puñado de fundaciones metropolitanas ayudaban durante las dictaduras de los setenta y los ochenta para que lo prohibido en las universidades o los medios de comunicación sobreviviera en una décima parte con respiración artificial, en centros privados de investigación o promoción social.



Desde que los espectáculos del 92 en Sevilla y Barcelona ya no son noticia, se vuelve más claro que el sur dejó de ser un lugar para que el norte lo descubra, invierta o extraiga regalías. Los países centrales también tienen sus cuentas que no cierran, déficit y deudas externas, recesiones y descontentos masivos. Hasta dudan de que les convenga integrarse en Maastricht o en Norteamérica, de modo que no van a andar considerando prioritario hacer negocios en estas empobrecidas e inestables sociedades del sur, donde cada vez se produce menos, se importa más variado, pero son pocos los que consumen.

Los acuerdos de integración económica regional y libre comercio (NAFTA, MERCOSUR, etcétera), que por fin —después de tanta retórica americanista— parecen encaminar intercambios y complementaciones más racionales entre las Américas, no corregirán el declinante papel de los países latinoamericanos en las áreas de punta: por ejemplo, en las tecnologías informáticas y comunicacionales que requieren altas inversiones financieras, y son las que generan innovaciones más rápidas. Al reducirse aún más los aranceles a la producción extranjera y quitarse los escasos subsidios al desarrollo tecnológico y cultural propio, nos volveremos más dependientes de los capitales transnacionales y de orientaciones simbólicas generadas fuera de la región. ¿Cuál puede ser la presencia futura en el mercado internacional y la capacidad de autogestionar sus sociedades de un continente como el latinoamericano, con una población que supera el 8% de la población mundial, mientras sólo participa con el 6% del producto interno bruto del planeta, el 3.2% de la producción de bienes de capital, 2.5% de los ingenieros y científicos que trabajan en I&D y 1.8% de los recursos gastados mundialmente en este campo?<sup>15</sup> La recesión de las economías latinoamericanas, así como el achicamiento de los aparatos estatales en educación y cultura nos colocan ante esta paradoja: se promueve mayor comercio entre los países de América Latina y de éstos con las metrópolis cuando producimos menos libros, menos películas y menos discos. Se impulsa la integración en el momento en que vamos teniendo menos para intercambiar y el empobrecimiento de los salarios disminuye el consumo de las mayorías.

### **Emanciparse de las ilusiones y del desencanto**

Quisiera ser fiel a una larga tradición del ensayo político y la investigación social latinoamericanos y terminar con algunos signos de esperanza. Pero me parece más creíble plantear tres aperturas en este panorama nublado. No son las únicas cuestiones aún indecisas, pero son tres donde todavía es posible elegir entre modernización y decadencia. Al mis-

mo tiempo, tratar estos problemas inciertos es un modo de preguntarnos dónde pueden haber nuevos aportes de los estudios culturales.

1. Ya dijimos que AL se modernizó y continúa modernizándose. No todo desorden y desintegración son desmodernizadores.<sup>16</sup> A diferencia de la sociología política, que años recientes se organiza en torno del elogio del orden y la gobernabilidad, quienes realizamos estudios culturales sabemos —por la historia de nuestro campo— que el desorden social puede abrir espacios de creatividad, expresar inconformidades con lo insoportable de lo real y estimular la imaginación de transformaciones.

Los problemas residen en las nuevas maneras de articularse la modernización y el “atraso” en la política y en la cultura. En distintos campos culturales la decadencia económica y política no implica mecánicamente decadencia cultural, ni en todas las áreas de la cultura. En la literatura y en las artes tradicionales, tanto cultas como populares, las que requieren de bajas inversiones económicas, continúa habiendo creatividad, con vínculos más fluidos hacia las innovaciones internacionales. Donde se observan más signos regresivos o de expansión con retraimiento es en las producciones simbólicas de alto costo, las tecnologías avanzadas y los circuitos transnacionales de difusión: cine, televisión, videos. En estos campos prevalece lo masivamente comercializable, mientras decaen la experimentación estética y la crítica cultural.

Sin embargo, tampoco todo lo que declina debe ser visto como decadencia. Hay cambios de la cultura que son resultado de reestructuraciones epocales de la tecnología y de los mercados simbólicos. Un ejemplo: el cierre de las salas de cine no significa el fin del cine sino su reubicación en nuevos escenarios: la televisión y el video. De hecho, ahora más gente ve más películas por semana en las pantallas domésticas. La disminución de salas sólo en parte puede atribuirse a las políticas neoliberales; básicamente, deriva de una reorganización de las tecnologías de producción y comunicación. La tarea de los estudios culturales es entender qué nuevas maneras de enunciar y comunicar imágenes entran en juego y cómo se articulan con la escritura. ¿Qué está cambiando en el cine y en otras prácticas culturales al disminuir el uso de espacios públicos y recluirse el consumo en el hogar? ¿Cómo se combinan la privatización de los consumos y la privatización en la producción de la cultura?

Un punto crítico en estos cambios es la reducción de la multiculturalidad de la oferta cinematográfica. No sólo es difícil ver cine latinoamericano fuera de cada país productor. Las películas francesas se proyectan casi exclusivamente en Francia y las italianas en Italia, salvo si las distribuyen empresas estadounidenses y los filmes se ajustan a sus crite-

rios de duración, entretenimiento y lucro. En México, aunque *Televisa* controla el mercado de videos, la casi totalidad del material que ofrece procede de *Hollywood Pictures*, *Paramount*, *Columbia*, *Tuchstone*, *Turner*, *Universal* y *Walt Disney*. El cine, la televisión y el video, como otros escenarios de la cultura, hacen pensar, más que en una internacionalización, en una norteamericanización unilateral de los mercados simbólicos. La multiculturalidad se estrecha. Ya se puede aplicar no sólo a los países latinoamericanos la descripción imaginada por algunos humoristas cuando se pusieron a conjeturar los libros de historia mexicana del próximo siglo. Un párrafo describía así la nación del siglo XXI: "México limita al norte con Estados Unidos, al sur con los Estados Unidos, al este y al oeste con los Estados Unidos, y hacia dentro con los Estados Unidos".

2. El futuro de la multiculturalidad y de la participación de las industrias latinoamericanas (materiales y simbólicas) en el mercado mundial depende de que reformulemos el papel del Estado y de la sociedad civil. Respecto del Estado, la temporada de privatizaciones ha demostrado que las empresas privadas no hacen funcionar mejor los teléfonos, ni las aerolíneas, ni las comunicaciones culturales que tan generosamente les cedieron nuestros gobernantes. Este fracaso no justifica ninguna restauración del Estado como guardián del nacionalismo telúrico, ni como administrador eficiente, ni como agente de donaciones populistas. El desafío es más bien revitalizar al Estado como representante del interés público, como árbitro o garante de que las necesidades colectivas de información, recreación e innovación no sean subordinadas siempre a la rentabilidad comercial. Para esto, se requiere que los estudios sobre políticas culturales y los partidos críticos del neoliberalismo superen su concepción guttembergiana de la cultura. Por supuesto, hay que reformular también las razones por las cuales necesitamos educación, editoriales, bibliotecas y museos públicos. Pero precisamos imaginar, sobre todo, cómo hacer valer el interés público en las radios y la televisión, en las tecnologías de punta, la experimentación científica y la innovación estética de los medios masivos.

En un proceso de integración transnacional es indispensable que la reivindicación de lo público, entendido como lo colectivo multicultural, sea también una tarea de los organismos y las redes de estudios internacionales. Con sólo ver lo que ha sido hasta ahora la agenda de la OEA o de las reuniones de ministros de cultura, podemos intuir a qué grado de utopía aspiramos al pretender que en los santuarios de la diplomacia se trate de construir una multiculturalidad democrática y una defensa del interés público internacional. Pero no podemos privarnos de esta ilusión si pretendemos que algún día la multiculturalidad y la integración inter-

nacional sean algo más que la *Cadena de las Américas de Televisa* o los carteles publicitarios de Benetton.

3. Si hay alguna esperanza de que la modernización prevalezca sobre la decadencia y los Estados se renueven a fin de reasumir el interés público, la hallaremos principalmente en la sociedad civil. Lo poco que se ha hecho en los últimos años en esta tarea cultural prioritaria que es desfatalizar el programa a y cuestionar el absolutismo del mercado, surgió de allí. Pero ¿quién puede decir a esta altura qué debe entenderse por sociedad civil? Como buena parte de esta ponencia está dedicada a desconstruir su confusión con el mercado, quiero acabar refiriéndome a otros dos equívocos que suelen desconcertar su uso: el fundamentalismo y el voluntarismo populista.

Ante el péndulo maniaco entre modernización y decadencia, ante la incapacidad de los aparatos estatales para salir de él, suele escucharse que al fin de cuentas eso no importa porque “el pueblo es sano” o porque subsisten movimientos (ecológicos, de derechos humanos, de mujeres, de jóvenes), en los que podría verse la promesa de una re-generación social. Estos movimientos han sido y son valiosos como resistencia, pero —bien dice Lechner— casi nunca superan la “reacción corporativa en contra de la crisis”.<sup>17</sup> Después de al menos treinta años de intentar ser alternativas a los partidos y los gobiernos, en ningún país han logrado erigir proyectos globales y menos políticas que reestructuren los aparatos estatales y las economías en declinación. Si la mirada se dirige al conjunto de la sociedad civil, las dudas son todavía más inquietantes: ¿por qué las mayorías eligen y reeligen presidentes y parlamentos que no representan sus intereses? ¿Qué explicaciones económicas y culturales dan al hecho de que los partidos, sindicatos y muchos movimientos sociales prefieran cada vez más la negociación al enfrentamiento, las “soluciones” sectoriales y aun individuales a la democratización política y la redistribución de los bienes materiales y simbólicos? ¿Cuánto contribuyen al fracaso y el descreimiento de ciertos movimientos populares las alianzas con fuerzas corruptas (narcotráfico, mafias) o la aceptación resignada de la explotación primitiva en los mercados informales?

No conozco investigaciones socioculturales que den explicaciones verosímiles a estas preguntas. Pero sospecho que son claves para entender las respuestas más frecuentes recibidas por la decadente modernización a: el consenso o el cansancio.

Una cuestión cardinal para la redefinición de la sociedad civil, en la que apenas puedo detenerme, es la crisis de la nación. Lechner habla de un “deseo de comunidad” que cree encontrar como reacción al descreimiento suscitado por las promesas del mercado de generar cohesión so-

cial.<sup>18</sup> Cabe preguntarse a qué comunidad se está refiriendo. La historia reciente de América Latina sugiere que, si existe aún algo así como un deseo de comunidad, se deposita cada vez menos en entidades macrosociales como la nación o la clase, y en cambio se dirige a grupos religiosos, conglomerados deportivos, solidaridades generacionales y aficiones massmediáticas. Un rasgo común de estas "comunidades" atomizadas es que se nuclean en torno a consumos simbólicos más que con relación a procesos productivos. Cuesta imaginar, por eso, cómo podrían contribuir a reanimar la economía. Sólo en casos extremos de necesidad resurgen solidaridades económicas: huelgas, ollas populares, ayudas ante catástrofes. Las sociedades civiles aparecen cada vez menos como comunidades nacionales, entendidas como unidades territoriales, lingüísticas y políticas. Se manifiestan más bien como comunidad hermenéutica de consumidores, es decir, como el conjunto de personas que comparten gustos y pactos de lectura respecto de ciertos bienes (gastronómicos, deportivos, musicales) que les dan identidades compartidas.

¿Cómo habla hoy la sociedad civil?

Junto a las epopeyas populares que siguen existiendo hay muchos comportamientos masivos erráticos. Estas prácticas atomizadas, conectadas más por el imaginario del consumo que por deseos comunitarios son a tal punto mayoritarias que no dejan mucho lugar para los signos de reconstitución. Las encuentro bien descritas en el texto con que Diamela Eltit introduce su investigación sobre el discurso de un marginal santiaguino: "jirones de diarios, fragmentos de exterminio, sílabas de muerte, pausas de mentira, frases comerciales, nombres de difuntos. Es una honda crisis del lenguaje, una infección en la memoria, una desarticulación de todas las ideologías. Es una pena, pensé. Es Chile, pensé."<sup>19</sup>

Una lectura sin ilusiones voluntaristas de las sociedades contemporáneas da pocos motivos para estar en favor de los excluidos y los explotados. Sólo por amor a los desesperados conservamos todavía la esperanza decía Walter Benjamin. Agregaré que también es posible justificar la solidaridad, como artistas, escritores y científicos, en tanto disfrutamos de cierta emancipación o al menos tenemos interés en que sigan formando parte de la vida social la emancipación y la renovación de lo real, eso que se nombra utopía.

El pensamiento posmoderno nos incitó durante los setenta y los ochenta a libramos de las ilusiones de los metarrelatos que auguraban emancipaciones totalizantes y totalitarias. Quizá sea hora de emanciparnos del desencanto. La descripción de lo social que nos toca como científicos nos confronta hoy con datos duros de la decadencia, al no ser políticos no estamos obligados a cuidar calculadoramente los límites de

lo gobernable y el realismo del poder. “Los intelectuales hablan como si fueran ministros”, observó hace unos años Ricardo Piglia, y “la política se ha convertido en la práctica que decide lo que una sociedad no puede hacer. Los políticos son los nuevos filósofos. Dictaminan qué debe entenderse por real, que es lo posible, cuales son los límites de la verdad”.<sup>20</sup> Se me ocurre que nuestra primera responsabilidad es rescatar estas tareas propiamente culturales de su disolución en el mercado o en la política: repensar lo real junto con lo posible, distinguir la decadencia de la modernización selectiva, reconstruir desde la sociedad civil y con el Estado una multiculturalidad democrática.



## Notas y referencias bibliográficas

1. Entre los balances realizados, me apoyo especialmente en el texto de Manuel Castells y Roberto Laserna, *La nueva dependencia. Cambio tecnológico y reestructuración socioeconómica*, David y Goliat, No. 55, julio de 1992.
2. Véanse los estudios de la OIT, *El trabajo en el mundo*, Ginebra, 1992, y de la CEPAL, *Marginalidad de la pobreza en América Latina*, Santiago, 1991.
3. Cf. de Eugenio Tironi, *Para una sociología de la decadencia, Proposiciones*, No. 12, Santiago de Chile, Sur Ediciones, 1988, y de Sergio Zermeño, *Crisis, neoliberalismo y desorden*, en Pablo González Casanova, *México hacia el 2000*, Caracas, Nueva Sociedad-Unitar-Profal-Fronap, 1989.
4. Véanse, entre otros, los textos de José Joaquín Brunner, *Un espejo trizado. Ensayos sobre culturas y políticas culturales*, Santiago de Chile, FLACSO, 1988, parte segunda; de William Rowe y Miriam Schelling, *Memory and modernity. Popular culture in Latin America*, Londres-New York, Vers, 1991; y de George Yúdice, *Posmodernity and transnational capitalism in Latin America*, en G. Yúdice, Jean Franco y Flores (eds.), *On Edge, The crisis of Latin American culture*, Mineapolis-Londres, University of Minnesota Press, 1992.
5. Néstor García Canclini, *Culturas híbridas. estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo, 1990; Buenos Aires, Sudamericana, 1992.
6. Eric J. Hobsbawm, *Crisis de la ideología, la cultura y la civilización*, Coloquio de invierno, I: La situación mundial y la democracia, México, UNAM, CNCA, FCE, 1992, p. 50.
7. Este proceso de farandulización no es exclusivo de la política. Se encuentra también en la trivialización massmediática de los debates académicos e intelectuales, lo cual tiene que ver con las relaciones entre cosmopolitismo y emancipación. No puedo ocuparme aquí de esta cuestión, pero sugiero ver cómo se plantea en la polémica entre filósofos anglosajones y franceses en el artículo de Richard Rorty, "Cosmopolitanism without emancipation; a reponse to Lyotard", en Scott Lash y Jonathan Friedman, *Modernity and identity*, Oxford y Cambridge, Blackwell, 1992.
8. Norbert Lechner, *La búsqueda de la comunidad perdida, los retos de la democracia en América Latina*, Sociológica, año 7, No. 19, México, UAM-Azcapotzalco, mayo-agosto, 1992.
9. Véanse los artículos de Eugenio Tironi y Sergio Zermeño ya citados. De este último, también *Desidentidad y desorden: México en la economía global y el libre comercio*, Revista Mexicana de Sociología, No. 3, julio-septiembre, 1991.
10. CEPAL, *Balance preliminar de la economía de América Latina y el caribe*, 1992, 18 de diciembre de 1992.
11. Algunos libros que trabajan esta cuestión: Jesús Martín Barbero, *De los medios a las mediaciones*, México, Gustavo Gili, 1987; Beatriz Sarlo, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920-1930*, Buenos Aires, Nueva

- Visión, 1988; Renato Ortiz, *A moderna tradição brasileira*, Sao Paulo, Brasiliense, 1988; Néstor García Canclini, *Culturas híbridas*, cit.
12. Alfredo Bryce Echenique, *Fujimori, Nexos*, 177, México, septiembre de 1992, pp. 43-46.
  13. Cf. de Héctor Aguilar Camín, *Después del milagro*, México, Cal y Arena, 1988, p. 40. Javier Protzel de Amat, *Del criollismo a la informalidad. Lima en sus crisis de identidad*, en Jesús Martín Barbero, Beatriz Solís y Luis Núñez Gornés (eds.), *En torno a la identidad latinoamericana*, México, Opción, 1992, p. 68.
  14. Centro Latinoamericano de Demografía (CELADAE), *La población y el desarrollo. Hechos y reflexiones*, en *El desafío latinoamericano*. Potencial a desarrollar, Caracas, Nueva Sociedad-Unitas-Profal, 1987, p. 56.
  15. Datos de CEPAL-UNESCO-OREALC, *Educación y conocimiento: eje de la transformación productiva con equidad*, Santiago de Chile, 1991, p. 54. Citados por José Joaquín Brunner, *América Latina en la encrucijada de la modernidad*, en Jesús Martín Barbero (coord.), *En torno a la identidad latinoamericana*, México, Opción, 1992.
  16. Tomo esta expresión de Roger Bartra, quien sugiere usarla en vez de posmodernidad para denominar la crisis de lo moderno en América Latina.
  17. Norbert Lechner, *op. cit.*, p. 27.
  18. *Idem.*
  19. Diamela Eltit, *El padre mío*, Santiago de Chile, Francisco Zegers Editor, 1989, p. 17.
  20. Ricardo Piglia, *Crítica y ficción*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1990, p. 177.

